

no la idea de Dios, origen de todo lo bueno, para que, vacío nuestro corazón de esta fuerza que nos impele á obrar con decisión por el sendero del bien, obremos á impulsos del mero materialismo, degradándonos al nivel de los brutos, que no tienen mas instinto que el cumplimiento de sus deseos.

Arrancad del corazón humano la idea de Dios, de sus atributos y perfecciones, producid en él el vacío que la máquina neumática revolucionaria se propone realizar, y ¿qué queda en él que ofrezca una garantía para el orden social? ¿Qué ofrece el corazón desierto sino la aridez en donde no pueden vejetar la belleza y el amor?

No cabe duda de que la humanidad despus del pecado de nuestros primeros Padres quedó sujeta á una lucha continua, sintiendo en nosotros la actividad de dos tendencias diametralmente opuestas.

El espíritu divino que, elevándonos sobre todas las cosas terrenas y por lo mismo perecederas, nos recuerda la nobleza de nuestro origen, que despierta en nosotros los sentimientos de gratitud y amor; y el espíritu del mal que, halagando nuestras pasiones y despertando el amor á cosas terrenas y deleznales, nos conduce al nivel de aquellos seres que, sacando de la tierra lo que su apetito ambiciona, no se les ocurre levantar jamás la cabeza hacia el cielo.

Estas dos tendencias, desgraciadamente por nuestra flaqueza, están impresas en nuestra débil naturaleza y son, digámoslo así, el pró y el contra de la base social.

La primera se dirige al alma, al corazón; le recuerda la idea de Dios, su criador, despierta en él el sentimiento de gratitud por los favores recibidos, le enseña á amarse á sí mismo y le presenta á sus semejantes como hijos de un Padre común, como sus propios hermanos. ¿Qué de nobles consecuencias emanan de esas ideas, de esos sentimientos!... El hombre, agradecido, ama á su Padre, su corazón late á impulsos del amor hacia el que le dió el sér, su voluntad está sujeta al que le creó, su afán, su deseo, su todo es la íntima relación con Aquel que le llenó de beneficios; su amor se dirige á amar y á querer al que encendió su llama amando y queriendo, á la vez, á todo lo que es objeto de su amor. Hé aquí la base de la sociedad, hé aquí el fulcro en que ha de girar esa gran palanca que cifra la felicidad de los pueblos. «*Ama á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á ti mismo.*»

La segunda tendencia, hija del espíritu rebelde, satánico, nos aleja del verdadero centro de gravedad é impulsándonos con fementidos halagos nos hace atender solamente al bienestar temporal, á los placeres terrenos; impulsa nuestras pasiones que, sin freno, sin rémora, nos degradan haciéndonos indignos de Dios, indignos de la sociedad.

Estas dos tendencias son las que sin cesar combaten en nosotros y ¡ay de aquel que, arrastrado por la fuerza centrífuga de sus pasiones no las oponga la centripeta de los deberes para con Dios, para consigo mismo y para con los demás.

No cabe duda que el hombre está llamado á vivir en sociedad. Esta verdad tan palmaria no la niegan ni los mismos enemigos de sus verdaderos principios.

¿Qué es sociedad? Llamémosla sociedad á la compañía de seres racionales, esto es, á la unión relativa de unos con otros para que, guardándonos todos el respeto y las consideraciones que Dios manda, vivamos en este mundo con armonía, unidos por el amor hijo del Cielo y que cada individuo no quiera para otro lo que no quisiera para sí.

Hagamos ahora abstracción de las diferentes clases de sociedades y circunscribámonos á la sociedad principal para demostrar en los límites de este artículo, que la revolución es enemiga de la sociedad.

Para ello y para llegar mas pronto al punto propuesto sigamos la recta y preguntemos: ¿Puede subsistir la sociedad sin Dios, sin los principios emanados de Dios?

Cualquiera que deponga un momento la ruindad del corazón y medite con calma, indudablemente deberá de ver que sin Dios no hay sociedad. ¿Quién dice al hombre que el prójimo es su hermano? ¿Quién arde la llama, la ternura del corazón de la madre para que ame al hijo que nace y le alimente con la leche de sus pechos á trueque de incomodidades? ¿Quién hace latir el corazón del hijo para que sienta veneración y respeto hacia sus padres? ¿Quién activa la conciencia advirtiéndola lo bueno de lo malo? ¿Quién nos impulsa al trabajo por medio del amor á la familia procurando su sustento? ¿Quién nos hace vibrar las fibras del corazón ante un infortunio, ante una desgracia? ¿Quién, qué fuerza nos impulsa á la caridad, al amor para con nuestros semejantes? ¿Quién nos infunde el respeto hacia los demás, el deseo de amoldar nuestras acciones, nuestros deseos á reglas que nos conduzcan á la armonía social? ¿De dónde nace la nobleza del corazón para obrar por el camino del bien? De Dios, si de Dios; por esto decimos que Dios es la base de la sociedad, que sin Dios no hay sociedad.

Sin Dios, alejado el hombre de Él, las ruines pasiones imperan en su corazón y el hombre sin la idea de Dios está sujeto al hierro de la flaca naturaleza; sus malos instintos embotan sus nobles sentidos y las pasiones calcinan su corazón.... Para él no hay mas allá que esta atmósfera y este suelo; su ideal, su ilusión, su todo es esta mísera vida terrena que tan poco vale. Por esto, para el incrédulo, para el hastiado por el fragor de viles pasiones, es lógico el logro de su bienestar material que procura lograr á trueque de imposibles... Sin Dios, sin la idea de una eternidad ¿qué freno debe imponerse á la humanidad? Dejádla libre porque entonces sería de peor condición que los brutos, que al fin y al cabo complacen sus instintos y viven según sus deseos sobre la tierra; sin Dios, sin la eternidad la sociedad es un yugo terrible, ella nos impone deberes que cumplir y todo deber implica molestia, mortificación, esclavitud; sin Dios, sin la eternidad la sociedad es una mentira porque siendo ella la destinada á labrar nuestro bienestar, somete á la riqueza á unos, á la miseria á otros, á la dignidad á estos, á la sujeción á aquellos, á las leyes á todos cuando estas diversidades, estas trabas se oponen á los justos instintos de todos....

No prosigamos: nadie nos leerá que en lo íntimo del corazón no esté persuadido de estos dislates, de estas blasfemias, y que no reconozca que la idea de la sociedad está sellada en nuestro corazón como una necesidad humana, de imposición divina porque la humanidad tiene un mas allá que los brutos, que su frente se eleva hacia el cielo, que tiene su porvenir, su esperanza en Dios.

Siendo Dios la base de la sociedad no cabe dudar que todo lo que tienda á alejarnos de Dios es antisocial y por esto la Revolución que clama por apartar á la criatura de su Criador, que emponzoña la virtud del alma, que impone leyes contrarias á la razón, que consiente la propaganda del folleto impío é inmoral, que tolera la corrupción de la juventud con la libertad de enseñanza, que lanza al aire la bandera de libertad de cultos, libertad de pensamiento, matrimonio civil, y otras y otras concesiones opuestas á lo que Dios quiere y manda, no cabe duda en afirmar que «*La Revolución es la enemiga de la sociedad.*»

Demos una ojeada á nuestros desgraciados días y veamos desde que se nos inunda con tantas libertades ¿qué hallamos? ¡Oh! el corazón se entristece al considerarlo. La familia dividida, la amistad falseada, el corazón pervertido, el vicio imperando, la juventud disoluta, por doquier fraudes, mala fé en todo, calumnias á saco, injusticias á pasto, corrupción, escándalo, bajezas.... Basta.

¡Pobre sociedad! ¿Te alejarás de Dios? ¿Apartarás por completo su nombre santo

de tu seno? ¡ay de tí!... ¡Desbaratada brújula, que entre las oscilaciones de la incredulidad y del error, caerás degradada en los horrores de la noche y en los crímenes de la barbarie y disolución!

RUBEN.

Hemos recibido el siguiente escrito de nuestro respetable y querido amigo el Rdo. D. Benito Toró, cuyos consejos y aliento le agradecemos en el alma á pesar de las frases inmerecidas que nos dedica.

Sr. Director del SEMANARIO DE FIGUERAS.

Palafrugell 6 de Abril de 1886

Estimadísimo señor mio: Nunca es tarde cuando llega. Plenísima ha sido mi satisfacción al recibir el SEMANARIO DE FIGUERAS. Se ha llenado el vacío que se sentía en esa noble Comarca y se ha llenado cumplidamente. Con bríos los católicos figuerenses ante el público se presentan y sin ganas de ocultar á la revolución todo su pensamiento.

Periódico TRADICIONALISTA es el SEMANARIO DE FIGUERAS, y con la palabra TRADICIONALISTA lo han dicho todo ante la revolución triunfante, mis caros amigos. El tradicionalismo es en España la contra-revolución en todas sus manifestaciones. Reciban los católicos figuerenses de este su constante admirador mil plácemes y enhorabuena.

Crean algunos católicos, poco avisados, que el tradicionalismo busca y se afana solamente por el triunfo del derecho tradicional-monárquico: esto es lo que repiten en todos los tonos la mesticería y el liberalismo-católico para empoqueñecer con fines bastardos la grande restauración católica-social, por que trabaja sin tregua, y porque suspira el noble corazón del tradicionalista.

Muchas veces me he dado á imaginar, que no hablan de buena fé los mestizos y católico-liberales, cuando nos pintan ante el público, como fanáticos adoradores de una mera forma de gobierno. Sin prescindir de otras legitimidades, de que no puede prescindir la conciencia católica, lo que busca particularmente el tradicionalista y por lo que se afana, es por la defensa de la legitimidad social, ó sea del reinado social de Jesucristo; por esto en próspera y adversa fortuna, y agobiado el tradicionalista con un diluvio de acusaciones horriblemente mentirosas, no transige nunca, nunca transige con las manos inícuas que firmaron transacciones y pactos con los que arrancan de la CABEZA de Jesucristo la corona de Rey, que le ciñó su Padre en generación eterna, para venderla por treinta dineros al rey-turba ó al rey-congreso. No nos separan de los mestizos y católico-liberales cuestiones meramente políticas, como ellos en Roma y en todas partes quieren hacer creer, sino cuestiones esencialmente católicas, con las que no puede transigir nuestra conciencia honrada, que guarda con entusiasmo las tradiciones de la Patria.

Ha alboreado ya para el tradicionalista el día de las grandes negaciones y afirmaciones que predijo Donoso. La revolución en el año de gracia de 1886 lleva en su seno todas las negaciones, el protestantismo, el racionalismo, el derecho nuevo y el socialismo: en frente la revolución de todas las negaciones, levanta con creciente entusiasmo el tradicionalista la contra-revolución de todas las afirmaciones, ó sea la bandera del integrismo-católico. Algunos católicos, enervada su mente por la mesticería y el catolicismo-liberal, quieren sólo levantar la bandera á media asta para congraciarse la amistad de la revolución. ¡Infelices! Desconocen el misterioso resorte para vencer al enemigo, porque han olvidado las tradiciones pátrias. El carácter español no está en los hijos de Witiza que se pasaron al moro, sino en D. Pelayo y sus descendientes.

Doy una mirada en el mar de los siglos y me admira el pueblo español en lucha de ocho siglos contra la morisma, y me admira el pueblo español hecho gigante y brazo derecho de la Iglesia en el siglo del protes-

tantismo, y me pasma el pueblo español en nuestro siglo abatiendo al Coloso y sosteniendo guerras de Religión. Parece esto último un anacronismo, pero es un anacronismo-verdad que da evidente testimonio de la intengencia del carácter español.

Los hijos de Pelayo y de la Reconquista contra Mahoma; los hijos de la España de Carlos I y Felipe II contra el protestantismo; los hijos de la independencia y guerras últimas contra el liberalismo, que proscribe á Jesucristo de las leyes y de la sociedad, viven en los hijos de la España tradicional. Si los tradicionalistas, sucumbiendo á arteros consejos levantarán la bandera á media asta, renegarán de su pasado glorioso, siendo traidores á su Religión y á su Patria.

La bandera de las tradiciones pátrias, en cuyo remate brilla siempre la cruz, ha desplegado á los cuatro vientos del Cielo en esa noble tierra del Ampurdán el SEMANARIO DE FIGUERAS al darse el título sublime de tradicionalista. Magnífica palabra, que entraña la defensa de los altares de la Patria con el fuego y ardor, con que la hicieron nuestros padres en el curso de los siglos.

Todos más convencidos, mis nobles amigos, de que el camino que vais á recorrer no está sembrado de flores. No es la masonería, que ruge en torno vuestro, la que pondrá piedad en vuestro pecho varonil; los falsos hermanos, de que ya se quejaba el Apóstol, mas de una vez os obligarán á levantar los ojos al Cielo en ademán de auxilio. Conumente sereis tratados de cesaristas y felonianos, y un periódico, que se publica en la Corte, há pocos días acusó á los tradicionalistas de Cataluña ante el Papa y el Escopado español de crímenes tan nefandos, que no soñaron nuestros hereges en el error de su orgullo. Si quereis defender, crado semejantes ataques, vuestra honra de católicos, os dirán que promoteis división y escándalo en el campo católico y que no tenéis pizca de caridad. Esta es la paga que algunos católicos singulares darán á vuestros sacrificios: con todo no os desanimeis, porque en estas tribulaciones de espíritu el Señor os comunicará su prudencia, que castucia y fortaleza, con cuyas virtudes desbaratareis los planes de los enemigos de las tradiciones católicas de la Patria, á cuya defensa venis á consagrar vuestros talentos, vuestra fortuna y vuestro reposo.

Adelante, nobles amigos, siempre adelante sin avergonzaros un momento de Jesucristo y de la integridad de la fé católica. El Señor os colmará de bendiciones eternas, y no será la métr la auréola de confesor que entre los escocados ostentareis en el Cielo.

En tan placible ocasión se ofrece de V., señor Director señores Redactores y demás católicos de esa noble Comarca, fiel servidor y constante amigo este humilde sacerdote, que á los Vdes. entrañablemente ama in cordibus Jesu et Mariæ Immaculatæ.

BENITO TORÓ, Misionero Apostólico.



La muerte de Rmo. P. Lector Fr. Juan Planas nos ha traido el corazón, y como fieles hijos de ese Obispado no podemos menos que rendir un tributo de admiración á la memoria del insigne é incansable adalid del catolicismo, y por ende del integrismo.

Hijo de Nava, y por consiguiente ampurdanés, nadie como nosotros viene obligado á pagarle un tributo y ninguna ocasión tan oportuna ni tan triste, como esta, para hacer sucinta reseña de su vida ejemplar en todo.

A los 16 años de edad, impulsado por su vocación religiosa abrazó la Orden Dominicana, recibiendo la tonsura y Ordenes menores en Vich año 1831, y las demás se le confirieron quévia dispensa por falta de edad.

A los 23 años recibió el grado de Lector,